

Postales de la memoria

Restos orgánicos de un mundo anterior

PAUL BRITO

Seix Barral, Bogotá, 2020, 166 pp.

CON UNA serie de recuerdos sueltos y dispuestos en un orden por completo ajeno a la linealidad cronológica, Paul Brito ha compuesto un hermoso libro que nos ofrece el retrato de una familia, la suya, en el cual ocupan el primer plano él y sus padres, pero sobre todo su madre, con cuya muerte significativamente empieza y termina la obra. La historia narrada evoluciona desde un estado genesiaco, en que “todo era tan nuevo que la muerte no existía” (p. 16), hasta la disolución del complejo universo familiar, lo que implica la llegada de la muerte y su tarea progresivamente arrasadora, así como el paso de la infancia a la edad adulta, en la que el hijo crea su propia familia nuclear. El tema último del relato es, pues, un tema clásico: el curso irrevocable del tiempo y la fugacidad de la vida (por lo demás, el texto abunda en referencias y reflexiones sobre estos tópicos).

Consumada la obra liquidadora del tiempo con la última de las pérdidas definitivas –la más dolorosa, la de su madre, Marina Ramos, que siguió a la de su padre, Fabio “el Canario” Brito, que a su vez siguió a la de su abuela materna, María Roca–, el hijo, llamado Pe en el relato y que sin duda es un álgter ego de su autor, experimenta la desoladora sensación de que es solo “un sobreviviente, un residuo del pasado”, un vestigio “de un mundo que va dejando todo atrás” y que apenas concede “como único consuelo los recuerdos” (p. 17).

Pe, por tanto, se aferra a esos recuerdos, que le permiten comprobar que “la memoria es el único artefacto capaz de traer de vuelta la brisa fresca del mar y el patio de la infancia”, capaz de “rescatar por un momento el tiempo perdido” (p. 17). El resultado del uso y la explotación de ese artefacto es justamente este libro, que constituye por ello una suerte de crónica autobiográfica centrada en la vida de los padres y, en particular, como he dicho, en la vida de la madre, cuyo padeci-

miento de la enfermedad de Parkinson fue el detonante y el punto de partida del texto.

El primer capítulo, justamente, se ocupa del diagnóstico, el desarrollo y el tratamiento médico de la enfermedad que afecta a la madre. Con ocasión de ello, Pe investiga sobre dicha patología y se ve seducido por la vida de James Parkinson, el polímata inglés que en 1817 describió por primera vez el síndrome del mal que, por esa razón y a finales del siglo XIX, sería bautizado con su nombre. En ese capítulo, se cita el tratado sobre paleontología de Parkinson publicado en tres volúmenes entre 1804 y 1811 bajo el título de *Organic Remains of a Former World* (“Restos orgánicos de un mundo anterior”), título que Brito toma en préstamo para su propio libro y cuyo concepto, desarrollado por Parkinson en su obra, le sirve como metáfora para hablar de los hechos de su vida y de su familia como eslabones que conectan el pasado con el presente; incluso, al referirse a algunos de los objetos personales de su madre que él decidió conservar cuando ella murió, señala que son como restos o fragmentos de “un vestigio arqueológico”, señala “de vuelta al origen del mundo” (p. 13).

Este libro de Paul Brito, el séptimo en su producción literaria (si bien el quinto, *Árbol de levas*, de 2018, es una “versión preliminar de *Restos orgánicos de un mundo anterior*”, como indica el editor en la solapa), se inscribe en una tendencia mundial que, aunque viene desde la década de 1980, ha cobrado en la lengua española un fuerte auge en los años más recientes: la de los libros memorialísticos que tratan específicamente sobre el padre o la madre del autor, o sobre ambos, y que tienen como factor de inspiración la muerte de ellos.

Así, entre 1982 y 2004, para citar los casos emblemáticos, aparecieron *La invención de la soledad*, de Paul Auster (1982); *Mi madre*, de Richard Ford (1987); *Patrimonio. Una historia verdadera*, de Philip Roth (1991); *Una historia de amor y oscuridad*, de Amos Oz (2003), y *Mi oído en su corazón*, de Hanif Kureishi (2004). En Colombia, como sabemos, Héctor Abad Faciolince sacó a luz, en noviembre de 2005, *El olvido que seremos*, que ha gozado de un gran éxito de crítica y

en librerías. Y en España, tal como lo ha registrado ampliamente la prensa y la crítica de ese país, se ha desatado “una nueva ola de libros que relatan las vidas reales de los padres de sus autores”, los cuales “no dejan de multiplicarse en las librerías”, según informa la revista *Babelia* en su edición del 22 de agosto de 2020.

Mientras en el ámbito anglosajón estos libros se clasifican sin apenas vacilación en la categoría de *memoir* (memorias, autobiografía), en nuestra lengua son convertidos en un auténtico *mixti fori*. De ahí que se desgranen toda suerte de fórmulas: autobiografía novelada, novela autobiográfica, novela documental, biografía filial, autoficción, literatura confesional, literatura del yo, etc.

Si bien *Restos orgánicos de un mundo anterior* no utiliza el yo, la primera persona, pues emplea un narrador en tercera persona, el punto de vista de este se halla siempre focalizado en el hijo de Marina Ramos y el Canario Brito, el personaje llamado Pe, que actúa ya como protagonista, ya como testigo, de modo que es a través de este que el lector conoce los hechos de la historia. Pe, como ya lo he planteado, es una máscara del propio autor, que se oculta mediante ese recurso tal vez por pudor, a la manera en que lo hace Paul Auster en la segunda parte de *La invención de la soledad*, titulada “El libro de la memoria”, en que se refiere a sí mismo como A.

El libro de Brito consta de 42 capítulos bastante cortos, cada uno de los cuales tiene su propio título y anécdota autónoma y autosuficiente. Es más: uno de los méritos del libro es la regularidad con que el autor procura redondear cada anécdota con un recurso estilístico que realce su final; a veces es una reflexión (que puede funcionar incluso como moraleja), otras –las más– es una imagen, o una metáfora, o una comparación en que uno de los términos es una conjetura feliz: a Pe, por ejemplo, le gustaba oír el latido del corazón de su madre, que “de alguna forma lo tranquilizaba ante cualquiera situación, como si esa pulsación fuera una forma de decirle que la vida siempre continuaba, que el mundo nunca se acababa...” (p. 131). Uno de los capítulos se titula “Una postal” y concluye con estas palabras: “A veces

NOVELA		RESEÑAS
<p>el pasado le envía esas postales y él no sabe dónde archivarlas”. Cabría decir que en general cada capítulo es una de esas postales procedentes del tiempo perdido. Así, con esa estructura que podríamos llamar fragmentaria y elíptica, el libro logra tejer, como en un pequeño tapiz, el dibujo de una familia extensa que termina disgregándose y que figura como fondo sobre el cual se destacan los tres miembros que se detallan con precisión: Pe y sus padres.</p> <p>El capítulo final, titulado “Árbol de levas”, conmueve, por una parte, porque narra el momento en que el ánimo de la madre, ante el alud de afecciones que desencadena el párkinson, flaquea por primera vez y en que ella parece comprender que su proceso no tiene marcha atrás; y también, por otra parte, porque Pe, el hijo, a instancias de la lectura de <i>La muerte de Iván Ilich</i>, de Tolstói, consigue que el libro no tenga un final oscuro, desesperanzado, sino luminoso: ahora para él la muerte no existe: “Se había acabado el párkinson [...], y ahora todo era energía, una sola corriente, un único aleteo” (p. 160).</p> <p style="text-align: center;">Joaquín Mattos Omar</p>		